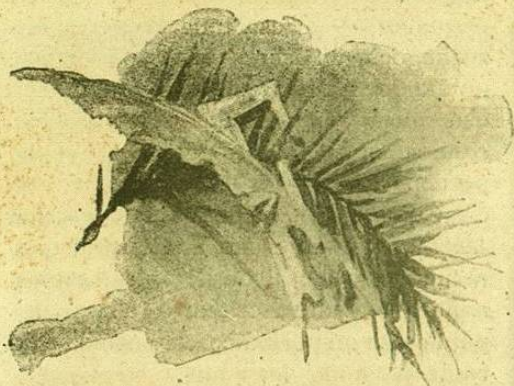


medio de uno de los más escogidos trozos de su artículo de usted, y pierdo la apuesta si alguien echa de ver la cosa.

Mi imparcialidad de testigo me obliga á decir que Jouvin no quiso apostar.



MI PRIMER FRAC

¿Cómo me hice con aquel frac? ¿Qué sastre de los tiempos primitivos, qué inesperado *Primo* se decidió, bajo la fe de fantásticas promesas, á llevármelo una mañana á casa, nuevo, flamante y artísticamente doblado y sujeto con alfileres en un pedazo de tela verde? Bien difícil me sería decirlo. Nada recuerdo del honrado sastre—¡ha pasado después por las manos de tantos sastres!—nada más que allá, á través de una niebla luminosa, una

frente reflexiva y unos bigotes muy grandes. En cambio el frac ¡oh! el frac me parece estar viéndolo todavía. Han pasado veinte años, y su imagen permanece aún, perenne, grabada en mi memoria como sobre imperecedero bronce. ¡Qué cuello, jóvenes, y qué solapas! Sobre todo, ¡qué faldones cortados en forma de boquilla de flauta! Mi hermano, como hombre de experiencia, había dicho: — «¡Cuando se quiere hacer camino en el mundo, es preciso tener frac!» Y el pobrecillo contaba que aquella prenda influiría mucho para mi gloria y para mi porvenir.

Agustina Brohan tuvo las primicias de aquel primer frac mío. He aquí en cuáles circunstancias, dignas de pasar á la posteridad.

Acababa de ver la luz mi primer libro, de aspecto virginal y nuevo, bajo sus cubiertas color de rosa. Algunos periódicos habían hablado de mis versos. Hasta el *Officiel* había impreso mi nombre en sus columnas. Ya era poeta, no en flor, sino editado, dado á luz, expuesto en los escaparates de las librerías. Yo

mismo me asombraba de que la gente no se detuviera para mirarme cuando paseaba mis dieciocho años por esas calles de Dios. Positivamente sentía sobre mi frente la dulce presión de una corona de papel, hecha con recortes de artículos.

Un día me propusieron hacer que me invitasen á las reuniones de Agustina. —¿Quién?— ¡Uno, qué diablos! Desde ahí lo estaréis viendo: el eterno cualquiera, que se parece á todo el mundo; el hombre amable, providencial, que sin ser nada por sí mismo, sin que nadie lo conozca bien, va por todas partes, os acompaña á todos lados; amigo de un día, de una hora, del cual nadie sabe el nombre: un tipo esencialmente parisiense.

Ya supondréis que acepté la proposición. ¡Ser invitado á casa de Agustina! Agustina, la ilustre comedianta; Agustina, la deliciosa intérprete de Molière, la niña mimada de Musset—porque si representaba en el Teatro Francés los papeles de criadas, Musset había escrito su comedia *Louison* en casa de ella;—Agustina Brohan, en fin, cuyo ingenio celebraba París, citando sus frases, y la cual

llevaba en el sombrero, no mojada en tinta todavía, pero dispuesta ya y cortada con finísimo cortaplumas, la pluma de pájaro azul, color del tiempo, con la cual debía firmar más tarde las *Cartas de Susana!*

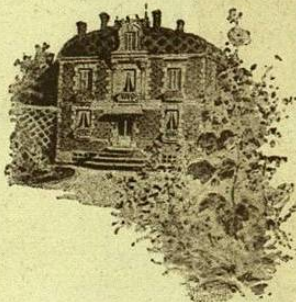
—Picarón, me dijo mi hermano, ayudando á ponerme el frac; ahora sí que está hecha tu fortuna.

Dieron las nueve y salí de casa.

Agustina Brohan vivía entonces en la calle de Lord Byron, en lo alto de los Campos Elíseos, en uno de esos

hotelitos coquetones con que sueñan los provincianillos de poética imaginación, por lo que leen en las novelas. Una verja, un jardinillo, una gradería de cuatro escalones bajo una marquesina, la antesala llena de flores, y en seguida el salón, un salón tapizado de verde, muy iluminado, que aún me parece estar viendo...

Cómo subí los escalones, cómo entré,



cómo me presenté, lo ignoro. Un criado anunció mi nombre; pero ese nombre, mal pronunciado además por el lacayo, no produjo efecto alguno en la reunión.

No me acuerdo más que de una mujer que decía: «Mejor; así habrá uno más



que baile.» Parece que faltaban parejas. ¡Vaya una entrada para un poeta lírico!

Aterrado, humillado, me escurrí entre los grupos. ¡Cómo explicar mi espanto!...

Al cabo de un momento, otra aventura: mis melenas, mi mirada enfurruñada y sombría, provocaban la curiosidad pú-

blica. Oí cuchichear en torno mio:—
¿Quién es?—Miradlo, miradlo... y se reían.
Por fin alguien dijo:

—¡Es el príncipe valaco!

—¿El príncipe valaco?... ¡ah! ¡sí, yal
perfectamente.

Supongo que aquella noche esperaban
allí á un príncipe de Valaquia. Ya clasi-
ficado, me dejaron en paz. Pero no le
hace; así y todo, no podéis figuraros
cuánto me pesó toda la noche mi usur-
pada corona. Primero bailarín, después
príncipe de Valaquia. Pero ¿no veían
aquellas gentes mi lira?

Afortunadamente para mí, una noticia
repentina, que fué de boca en boca des-
de un extremo al otro del salón, hizo que
se olvidasen al mismo tiempo del pollo
bailarín y del príncipe valaco.

El matrimonio estaba por entonces de
moda, según parece, entre el personal
femenino de la Comedia; y la mayor par-
te de aquellas uniones novelescas se
concertaba en los miércoles de Agustina
de Brohan, en los cuales se reunía al-
rededor de las bellas artistas ó alumnas
del Teatro Francés la flor y nata del pe-

riodismo oficial, de la Banca y de la alta
administración del Imperio.

La señorita Fix, la deliciosa cómica,
la de hermosos ojos de hebrea, se casa-
ba con un gran banquero y moría al dar
á luz; la señorita Figeac, católica y ro-
mántica, soñaba ya con que un sacerdote
bendijese solemnemente sus futuros al-
macenes del boulevard Haussmann, co-
mo se hace con un buque á punto de ser
botado al mar; hasta Emilia Dubois, la
rubia Emilia, aunque condenada por su
endeble belleza al eterno papel de inge-
nua, soñaba con flores de azahar bajo el
protector chal de su señora madre: en
cuanto á Magdalena Brohan, la bella y
majestuosa hermana de Agustina, no se
casaba; al contrario, se disponía á desca-
sarse, y á dar á Mario Uchard tiempo y
mimbres, como se dice vulgarmente,
para escribir los cuatro actos de *Fiam-
mina*. Así es que hubo una enorme ex-
plosión en aquel medio ambiente, tan
cargado de electricidad marital, cuando
circuló este rumor: «Gustavo Fould aca-
ba de casarse con Valeria.» ¡Gustavo
Fould, el hijo del Ministro! ¡Valeria, la

encantadora actriz!... Ahora todo eso está muy lejos. Después de una fuga á Inglaterra, de cartas publicadas en los periódicos, de folletos, de guerra á lo Mirabeau contra un padre tan inexorable como el *amigo de los hombres*, después de la más romántica de las novelas, coronada por un desenlace de lo más burgués que se puede imaginar, Gustavo Fould, imitando el ejemplo de Mario Uchard, escribió *La condesa Romani*, y llevó elocuentemente al teatro sus propios infortunios; la señorita Valeria olvidó su nombre de señora de Fould para firmar con el seudónimo de Gustavo Haller libros titulados: *Virtud*, con una bonita figura sobre cubierta azul pálido. Grandes pasiones que se apagan en un baño de literatura. Pero el escándalo, la emoción, estaban aquella noche en el salón verde de Agustina. Los hombres, los que ocupaban posiciones oficiales, movían la cabeza y redondeaban la boca en forma de *O* para decir: «¡Eso es grave... muy grave!» Oíanse estas palabras: «Todo desaparece, todo se lo lleva el diablo... Ya no hay respeto... El Emperador de-

bería intervenir... derechos sagrados... autoridad paterna.» Las mujeres, en cambio, tomaban francamente, y en voz muy alta, la defensa de los dos enamorados que acababan de escaparse á Londres. «¡Toma! Si se querían... ¿por qué ha de oponerse el padre?... ¡Que es Ministro!... ¿Y qué tenemos con eso?... Desde la Revolución, gracias á Dios, no hay ya Bastilla, ni Fuerte del Obispo!» Imaginad á todos hablando á la vez, y dominando el estruendo de las voces la risa metálica de Agustina, bajita, de buenas carnes, y con aspecto siempre alegre, á causa de sus ojos saltones, unos ojos bonitos de mfope, siempre asombrados y de brillante mirada.

Por fin se calmó la emoción, y comenzaron de nuevo los rigodones. Yo bailé, no hubo más remedio. Y lo hice bastante mal para ser un príncipe de Valaquia. Cuando terminó el rigodón me quedé inmóvil como un tonto, amarrado por mi cortedad de vista, demasiado tímido para atreverme á ponerme el lente en un ojo, demasiado poeta para usar gafas, y temeroso siempre de ir, si me movía, á

romperme la rodilla contra un mueble, ó á meter las narices en el entredós de algún descote. Pronto sentí hambre y sed; pero por todo el oro del mundo no me hubiese atrevido á entrar en el comedor al mismo tiempo que las damas.

Atisbaba yo el momento en que el comedor estuviese solo. Entretanto me



mezclé al grupo de los políticos, afectando cierto aire de gravedad y fingiendo desdeñar las delicias del comedor, desde donde llegaba hasta mí, mezclado al ruido de las voces y de las cucharillas cho-

cando con la vajilla, un finísimo olor á té caliente, á vinos de España y á pasteles. Por fin, cuando salieron de nuevo para bailar, me decidí. Ya estoy dentro, y estoy solo.

¡Qué asombro aquel *buffet*! Aparecía á la luz de las bujías, con sus copas y sus botellas, una pirámide de cristal, blanca, resplandeciente, fresca á la vista, como nieve vista al sol. Cojo una copa, como

una flor delicada, cuidando de no apretarla de miedo de romperla. ¿Qué verter dentro de ella? ¡Vamos! ¡Valor, puesto que nadie me ve! Cojo una botella á tientas y sin escoger. Debe de ser Kirsch,



porque parece diamante líquido. ¡Vaya por una copita de Kirsch! me agrada su aroma porque me recuerda los grandes bosques con sus perfumes semisalvajes. Y ahí me tenéis vertiendo gota á gota el clarísimo licor. Levanto la copa, alargó los labios. ¡Horrór! ¡Agua pura! ¡Qué

burla! De pronto se oyen dos sonoras carcajadas: un frac negro y un vestido de gasa color de rosa que no había visto, haciéndose el amor en un rincón, y á los cuales divierte el chasco que acabo de llevarme. Quiero colocar la copa en su sitio; pero estoy turbado, la mano me tiembla, me engancho la manga no sé en dónde. ¡Cae una copa, dos, tres, cuatro copas! Vuelvo la cabeza, me dan sudores, y la blanca pirámide rueda por el suelo con los centelleos, el ruido de huracán, los estruendos de una montaña de hielo que se desploma.

La señora de la casa acude al oír aquel estrépito. Afortunadamente es tan míope como el príncipe valaco, y éste puede escapar del comedor sin que lo vea. Pero de todas suertes, se me aguló la fiesta.

Aquel destrozo de copitas y botellas me abrumó como si fuese un crimen.

No pienso más que en marcharme... Pero la mamá de la Dubois, deslumbrada por mi principado, se coge á mis faldores y no quiere que me vaya sin haber sacado á bailar á su hija, es decir, á

sus dos hijas. Me excuso como Dios me da á entender, me escapo, voy á salir, cuando un señor de edad, de sonrisa fina, con cabeza de Obispo ó de diplomático, me cierra el paso. Es el doctor Ricord, con quien he hablado algunas palabras poco rato antes, y que, como todos los demás, me cree de la Valaquia.

—Pero, Príncipe, puesto que vive usted en el hotel del Senado, y que somos, por lo tanto, vecinos, espéreme. Ofrezco á usted un asiento en mi coche.

Bien quisiera aceptar; pero he ido sin abrigo, y ¿qué diría Ricord de un príncipe valaco privado de un abrigo de pieles y dando diente con diente, de frac y á cuerpo? Escapemos pronto; volvamos á pie, á pesar de la nieve y de la niebla, antes que dejar ver nuestra miseria. Míope, y cada vez más confundido y turbado, llego á la puerta y me escuro á la calle, no sin antes dar de narices en las paredes.

—¿El señor no quiere su abrigo? me grita un lacayo.

Y ya me tienen ustedes, á las dos de

la madrugada, lejos de mi casa, perdido por las calles, hambriento, helado y con el diablo en el cuerpo. De pronto el hambre me inspiró; se me ocurrió una idea luminosa. ¡Si fuese á la plaza de los Mercados! A menudo me habían hablado de los mercados y de cierto cuchitril, abierto toda la noche, donde daban raciones de suculentas sopas con coles por quince céntimos. Si por cierto, iré al Mercado. Me sentaré allí á la mesa como un vagabundo nocturno. Pasaron mis vanidades. El viento corta y tengo el estómago vacío. ¡Mi reino por un caballo! decía el otro. Y yo, tiritando de frío, me dije: ¡Mi principado, mi principado valaco por una buena sopa en un sitio caliente!

Era por el aspecto un verdadero tugurio el famoso establecimiento, que se hallaba medio escondido, lleno de polvo y miserablemente alumbrado, bajo los pórticos del Mercado viejo. Muchas veces después, cuando el trasnochar estaba de moda, hemos pasado allí noches enteras entre futuros grandes hombres, apoyados de codos en la mesa, fumando y charlando de literatura. Pero confieso que la

primera vez estuve á punto de retroceder, á pesar del hambre que tenía, ante aquellas paredes ennegrecidas, aquel humo espeso, aquellas gentes que había sentadas delante de las mesas, roncando con la espalda apoyada en la pared, ó lamiendo sus raciones de sopa como si fueran perros; estuve á punto de retroceder ante aquellas gorras de Tenorios de arroyo, aquellos anchos sombreros de fieltro blanco de los mozos crudos del mercado, y la blusa honrada del vendedor ambulante junto á los harapos del merodeador de las afueras. Entré, sin embargo, y debo declarar que mi frac negro se encontró en seguida con compañía.

No son raros en París, después de la media noche, los que andan de frac, á cuerpo, y con hambre suficiente para comerse una ración de sopa de coles. Sopas de coles que son muy exquisitas por cierto; olorosas como un jardín y humeantes como el cráter de un volcán. Repetí dos veces, aunque la costumbre, inspirada por una saludable desconfianza, de sujetar los tenedores y las cucha-

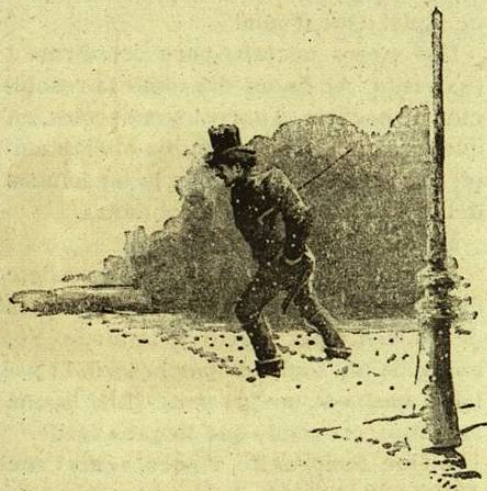
ras por medio de unas cadenitas á la mesa, me molestaba un poco. Pagué, y fortalecido con aquel sólido refrigerio, tomé el camino del barrio latino.

Fácilmente se figurará cualquiera mi



regreso: el regreso del poeta subiendo al trote la calle de Tournon, con el cuello del frac levantado, viendo danzar ante sus ojos, medio cerrados por el sueño y el cansancio, las sombras elegantes de un baile de sociedad, mezcladas á las hambrientas siluetas de la plaza del Mercado, y golpeando sus botillos para qui-

tarles la nieve contra el guardarruedas del hotel del Senado, mientras enfrente los faroles blancos de un magnífico carruaje iluminaban la fachada de un pala-



cio y el doctor Ricord pedía que le abrieran la puerta. La vida de París está hecha de estos contrastes.

— ¡Noche perdida! me dijo mi hermano á la mañana siguiente. Has pasado por príncipe de Valaquia, pero no has hecho

la propaganda de tu libro. En fin, no todo está perdido aún. Te resarcirás cuando vayas á hacer la visita de estómago agradecido.

¡Estómago agradecido por una copita de agua! ¡Qué ironía!

Dos meses necesité para decidirme á esa visita. Al fin un día tomé la resolución de hacerla. Aparte losmiércoles, en que Agustina Brohan recibía oficialmente, daba los domingos por la tarde unas deliciosas *reuniones* de confianza.

Me dirigí á su casa.

En París, una *matinée* que se respete no puede decentemente empezar antes de las tres ó las cuatro de la tarde. Yo, pobre de mí, tomando por lo serio la palabra *matinée*, me presenté allí á la una en punto, creyendo que llegaba tarde.

—¡Qué tempranito vienes, señor! me dijo un muchachito de cinco ó seis años, rubio, elegantemente vestido, que paseaba por el jardín montado en un caballito mecánico.

Aquel niño me impresionó. Saludé sus cabellos rubios, su caballo, el terciopelo y los bordados de su traje, y demasiado

tímido para volverme atrás, subí á la casa. La señora estaba concluyendo de vestirse y tuve que esperar á solas cosa de media hora. Al fin llega la señora, entorna los ojos, reconoce al príncipe de Valaquia, y por decir algo, empieza:

—¡Cómo! ¿No habéis ido á las carreras de la Marche, mi querido Príncipe?

A la Marche! ¡Yo que en mi vida había visto ni carreras ni jockeys!

Al fin sentí vergüenza. Subióseme no sé qué vaho del corazón al cerebro; y, además, aquel sol espléndido, aquellos perfumes del jardín en tiempo de primavera que penetraban por la ventana abierta; aquella mujercita sonriente y bondadosa, mil cosas, en fin, me daban valor. Abríle mi pecho y se lo dije, se lo confesé todo: que no era príncipe ni valaco, sino un pobre poeta; que fui yo el de la copita de Kirsch; que tuve necesidad de cenar sopas en un bodegón; y le hablé de mi lamentable regreso á casa, de mis temores de provinciano, de mi falta de vista y de mis esperanzas, en ese tono familiar que puede usarse entre amigos antiguos. Agustina Brohan

se reía como una loca. De pronto llaman á la campanilla.

—Ya están ahí mis coraceros, dijo.

—¿Qué coraceros?

—Dos coraceros que me mandan del campamento de Chalons, los cuales tienen, según parece, condiciones excelentes para actores.

Quise marcharme.

—No por cierto, quédese usted; vamos á ensayar *Leche de burras*, y usted será el crítico. ¡Aquí, en el sofá, á mi lado!

Entraron dos hastiales, tímidos, cortados, rojos como dos cerezas (uno de ellos creo que es cómico hoy). Preparan un biombo, me instalo en el sofá y comienza la representación.

—No van mal, me decía Agustina Brohan á media voz; pero ¡qué botas!... Señor crítico, ¿huele usted las botas?

Aquella intimidad con la cómica más en boga en París, me llevaba al quinto cielo. Arrellanábame yo en el sofá, meneando la cabeza, sonriendo con aire de inteligente. Las costuras de mi frac estallaban de gusto.

El más insignificante de aquellos por

menores me parece enorme todavía hoy. Y vean ustedes, sin embargo, lo que es la óptica: había yo contado á Sarcey la cómica historia de los comienzos de mi carrera. Un día Sarcey se la refirió á Agustina Brohan. Pues bien; la ingrata—á quien por cierto no he vuelto á ver en treinta años—juró que no conocía de mí sino mis libros.

¡Había olvidado todo eso, que tanto sitio ha ocupado en mi vida! ¡Las copas rotas, el príncipe de Valaquia, el ensayo de *Leche de burras*... y las botas de los coraceros!

